

SUBSCRIPCIÓN

Almería un mes. . . 1 pta.
Provincia trimestre. . . 3'50
Extrajero un año . . . 15

Los pagos anticipados

EL CRONISTA

ANUNCIOS

Los suscriptores, tienen derecho al anuncio gratis de su establecimiento.

La correspondencia al Director: oficinas: Alvarez de Castro, 17.

PUBLICACION LIBERAL. Director propietario: ANTONIO RULL VIVAS

Año VI.

Número suelto
25 céntimos

Almería 21 de ABRIL de 1911

Número atrasado.
50 céntimos

Núm. 296

OBRA SENSACIONAL

LA VIDA EN ULTRATUMBA

En breve se pondrá á la venta un libro que bajo el epígrafe que antecede, publica nuestro amigo don José Martín Rull y que está llamado por su índole á producir sensación en todos los que aman las verdades que la ciencia y la filosofía de consuno, nos van demostrando en el trascurso de sus maravillosos descubrimientos.

«La Vida en ultratumba», es un libro eminentemente moral y el que lo lea sin esos prejuicios que siempre estorban para la investigación de la verdad, ha de ocasionarle al par de una enseñanza, un consuelo inefable, por cuanto el autor procura demostrar la supervivencia del espíritu, después del fenómeno, denominado muerte, con la consciencia propia de su estado, perfectamente definido, fundándose en el contenido de un misterioso legajo facilitado por un señor llamado don Daniel de Montaigne y que puede considerarse como una revelación de ultratumba.

Es prematuro hacer la crítica del libro hasta su publicación, que como decimos será muy en breve; solo á título de curiosidad copiamos de *La Voz de la Verdad* de Barcelona un trozo de uno de sus capítulos que bajo el epígrafe de «Momentos del tránsito», dá una idea aunque muy pálida, de la índole y texto de la mencionada obra.

Dice así:

«—Estaba, como recordarás, Daniel, sentada en el sillón y con la mirada fija en la imagen del crucifijo, tejea-beza de mi legajo y mi mano derecha acariciaba tus cabellos.
«Vela venir la muerte á pasos agigantados y sentía en mi corazón el dolor de abandonarte. Mi respiración era difícil; me parecía poco todo el volumen de aire de aquella habitación para respirarlo; los síntomas precursores de un ataque de disnea se iban manifestando bastante, y aunque yo hacía todo lo posible por retener aquel hábito de vida que aún me restaba, experimentaba, con dolor de mi alma, que mis debilitadas energías me abandonaban; sentía en mi garganta como un dogal de hierro que poco á poco iba estrechándose y haciendo más difícil mi respiración, al mismo tiempo que mis facultades intelectuales se iban enturbiando y perdiendo paulatinamente la noción del ser y de las cosas. ¿Qué iba á ser de mí, Dios mío? Porque aun cuando mis creencias religiosas me enseñaban que el alma abandona el cuerpo, no podía darme cuenta del fenómeno, pues la creencia del alma era en mí tan incompleta, es decir, la tenía tan mal comprendida, que ese desprendimiento que esperaba era para mí como si me abandonara alguna cosa asociada á mi organismo, pero que no era yo misma. Yo iba á morir; mi alma era un ente extraño que me abandonaría en el momento de la muerte. Esa era mi angustia; sentía un miedo horrible ante ese arcano impenetrable: te oía gemir y yo... ¡ploraba también de dolor; de ese dolor inmenso, sin consuelo, que el instinto de conservación arrancaba á mi ser!... No quería morir; me asustaba la muerte, pero ¿cómo evitarlo?... Pretendía no asustarme, y en medio de aquella agonía moral, sentía para darte ánimos; pero yo, sin demostrártelo, sufría horriblemente; no con ese padecimiento físico que es al que más se teme antes de morir, sino con el padecimiento moral, puramente moral; porque físicamente no padecía nada, á excepción de aquellas dificultades que experimentaba para respirar con libertad. ¿Qué pensaba estaba, Daniel! ¿Cuán diferente es la muerte á lo que yo me creía!... Si yo hubiera sabido lo que era, ¡con cuánta alegría la hubiera esperado! Pero continúo.
«A medida que la dificultad para res-

pirar se iba acentuando en mi organismo, sentía en mí algo extraño; algo así como un alivio confundido que se escapaba de todo mi ser: sentía los ronquidos del estertor que salían de mi garganta, pero esos ronquidos no parecían ser ya míos; la opresión física de la respiración, que tanto me hacía padecer momentos antes por el ahogo congestional, iba desapareciendo también, y en mí, en la interioridad íntima de mi ser, me sentía respirar con una libertad, de una manera tan deliciosa, tan dulce, que parecía renacer á una nueva vida. Mis ojos veían aún la imagen del crucifijo, pero ya borrosa, como si se hubiera interpuesto entre ella y yo una gasa, así como humo que fuera adquiriendo densidad creciente. En aquel momento hirieron mis oídos los sonidos del timbre del reloj de pared, dando la hora; pero sonaban como si hubieran estado muy lejanos de mí... Conté, una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... el último sonido casi imperceptible. Te vi levantarte de mi lado y dirigirte hacia el crucifijo; pero ya de una manera extraña; parecías más bien una sombra que un hombre. A todo esto no dejaba de percibir ese ronco hervidero del estertor que despedía la garganta de mi cuerpo, y digo esto, porque parecía que aquel cuerpo ya no me pertenecía, pues no llegaban á mis oídos los dolores físicos que producen la sensibilidad del sufrimiento. Aquello era verdaderamente extraordinario; me daba cuenta de vivir, pero vivir en mí solamente, en mejor vida, libre de aquellas angustias y ahogos á que me tenía sometida la enfermedad que minaba mi cuerpo, pues á medida que se acentuaban aquellos ruidos producidos por el estertor, tan separados de mí ser, como si todo aquello no me pasara y fuera ajeno, completamente ajeno, iba yo adquiriendo un estado tal de angustia calma y paz, que me parecía estar en un baño delicioso. Sentí, muy suavemente, casi imperceptible, el roce que produce una cerilla contra la lija de la caja y vi también la explosión del fósforo en tu mano, que aproximaste para encender la lámpara del Cristo. En aquel momento experimenté una cosa extraña; sumamente rara; ¡así al darme cuenta, me vi transportada á un ángulo de la habitación; un fenómeno parecido al de un sueño de esos que todos hemos experi-

mentado, muy lúcido, tan lúcido, que nos dan la impresión exacta de la realidad. Te vi acercarte al sillón y coger una cosa de un bulto que sobre él había; aquello que cogiste parecía un brazo y una mano, te vi inclinar la cabeza sobre lo que reposaba allí y de donde salía un ruido igual al estertor de la agonía que antes había sentido en mi cuerpo... ¡Cuán raro y especial era aquel fenómeno!... Me aproximé á tí y noté que andaba con la misma soltura y agilidad que en mis mejores tiempos; y entonces te oí exclamar con acento de terror:
«—¡Santo Dios!... ¿Estoy soñando ó estoy loco?...
«Una pasividad augusta, un dulce sopor parecido al que experimenta el cuerpo cuando muy cansado se echa sobre un mullido lecho; un letargo tan suavísimo, tan grato, se apoderó de mí, que no sé cómo explicártelo de forma que puedas comprenderlo; una cosa así, como cuando se está reclinado en la hora de la siesta leyendo un libro y llega ese momento en que el sueño, apoderándose de nuestros ojos, nos va borrando insensiblemente la lectura, y suavemente, sin darnos cuenta, sentimos que se escapa de nuestras manos el libro que leíamos y nos da una impresión de susto al volver á la vida. Pues bien, una cosa análoga, pero mucho más dulce, más suave, sin susto ni agitación nerviosa, gratísima, es lo que experimenté; como un sueño reparador, tranquilo y delicioso, y en esa vida ni muerte, en ese estado transicional; involuntario, te oí también exclamar:
«—No me abandones por Dios, Aurora!
«Quise contestarte; pero era tan grande aquella deliciosa indolencia, que sentí enervada toda mi voluntad. Luego aquel sopor fué aumentando hasta hacerme perder la noción del ser y del tiempo; abriéndose un paréntesis parecido al que experimentáis en la tierra cuando os dormís de noche y no os acordáis á la mañana siguiente sin haberos dado cuenta de las horas transcurridas, que para vosotros ha sido un momento relativo... y sin embargo se han sucedido ocho ó diez horas.
«No puedo explicarte el tiempo que duró aquello, que parecía un sueño sin soñar. Cuando desperté, sentí algo así como un reconfortante poderoso de mis energías. Hacía mucho tiempo que no había experimentado un alivio igual; desaparecieron mis angustias, mis sufrimientos, aquel peso opresor de mi pecho, aquel dogal de mi garganta que me ahogaba, y me sentí joven, animosa, llena de salud y de vida; se apoderó de mí una alegría inmensa; todo lo vela de mejor color; hacía un día espléndido; el sol parecía brillar con más belleza, con más intensidad. Aquel despertar era sublime; estaba sola, sentada en mi sillón de costumbre; la puerta del gabinete estaba entornada y por ella, en medio de un silencio sepulcral, oía salir un murmullo de voces extrañas, algo así como un rezo; presé atención, y, efectivamente, una voz sonaba con suavidad, diciendo:
«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...—á cuya voz contestaba después un murmullo coral de voces también suaves que decían:
«—Está pan nuestro de cada día dánnole hoy...—Estaban rezando el rosario.
«¿Qué pasaba allí? ¿qué extraña escena era aquella? Nosotros vivíamos solos en aquel piso; únicamente teníamos una vieja mandadera, que se recogía á cuidar de sus hijos todas las tardes al oscurecer... ¿quienes eran aquellas personas que rezaban en la habitación contigua?

¿quien las había autorizado para estar allí?
«Mientras me hacía estas reflexiones, la misma voz que guiaba el rosario decía:
«—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...
«Me levanté.
«Pero me levanté ágil, rejuvenecida, curada por completo de mis dolencias; miré mis manos y estaban sonrosadas, llenas de carne, con aquella belleza que tenían, cuando nos vimos tú y yo y nos amamos. Me miré en la luna del espejo que tenía el armario y me asombré de la transformación que se había operado en mí; estaba joven, conservaba aquella belleza física de mi rostro, aquella elegancia de las formas de mi cuerpo.
«—¿Estaré aún soñando?—pensé. Pero no, no era sueño, era una realidad admirable, tangible; sentía palpar mi corazón; froté en los ojos con las manos, palpé mi cuerpo, cogí mi falda, la examiné... todo, en fin, me revelaba que no era un sueño, sino vida real, pero ¡qué extraño!...
«—¡Daniel!—grité.
«Nadie me respondió. Seguía el murmullo del rezo y percibía en el ambiente esa olor que despedía la cera encendida.
«Miraba á la puerta entreabierta de aquella habitación con cierto temor, me daba miedo penetrar en ella, aquellas rezos me parecían fatales augurios de algo siniestro, algo que me estremecía de ansiedad.
«Daniel volvió á gritar.
«Nada; el mismo silencio, los mismos rezos, la misma quietud.
«Me decidí á avanzar...pero no me atrevía á dar un paso; aquella decisión era ficticia; tenía miedo, mucho miedo; cruzaron por mi imaginación fatídicos pensamientos. ¿Había muerto Daniel, Dios mío? ¿Cómo era que no acudía á mí vez? Al solo pensamiento de perderle, se estremecía mi alma de dolor. Y no tenía más remedio que ir á ver qué era aquello, porque la incertidumbre que se apoderó de mí era horrible, espantosamente horrible; sufría mi alma esa ansiedad, ese anhelo de querer saber mi situación, y el temor de una realidad espantosa me sobrecogía.
«Hice un supremo esfuerzo y me decidí.
«Llegué á la puerta, miré al fondo de la habitación y ví...
«Como si todas las cataratas del Niágara se hubieran vaciado sobre mi cabeza, sentí en aquel momento de pavor al presenciar el cuadro que se ofreció á mi vista.
«En el centro de aquella habitación, en un féretro iluminado por cuatro blandones y rodeado por un sacerdote que llevaba el rosario y unas cuantas mujeres de la vejez, á algunas de las cuales conocía de vista, había un cadáver amotajado con un hábito de carmelita y con el rostro cubierto por un paño blanco. Las manos cruzadas en forma de aspa descansaban sobre su pecho; aquellas manos eran blancas, con ese color mate que adquieren las manos de los muertos, huesosas afiladas; manos de mujer.
«Me acerqué el féretro sin que aquellas gentes hicieran la más pequeña demostración de haberme visto; levante por un pico el paño que cubría el rostro del cadáver y... sentí erizarme el cabello; porque aquel cadáver, aquel muerto... era yo».
José MARTÍN RULL

Andrés Sanchez Olmedas
Gran establecimiento de vinos y aguardientes, Anigados y liceros de todas clases. Vino legítimo de Alpuñol. Almedina 41.